

## La biblioteca de don Joaquim Setantí. Las lecturas de un tacitista catalán

Antonio Espino López

---

**Citer ce document / Cite this document :**

Espino López Antonio. La biblioteca de don Joaquim Setantí. Las lecturas de un tacitista catalán. In: Bulletin Hispanique, tome 103, n°1, 2001. pp. 43-73;

doi : <https://doi.org/10.3406/hispa.2001.5065>

[https://www.persee.fr/doc/hispa\\_0007-4640\\_2001\\_num\\_103\\_1\\_5065](https://www.persee.fr/doc/hispa_0007-4640_2001_num_103_1_5065)

---

Fichier pdf généré le 30/11/2018

### **Résumé**

Par la présente étude, nous avons voulu démontrer la manière dont les œuvres présentes dans la bibliothèque de dom Joaquim Setanti ont vraiment pu influencer sa formation politique et, d'un autre côté, analyser dans quelle mesure ses obligations politiques et militaires ont conditionné l'acquisition d'œuvres déterminées.

### **Resumen**

En el presente trabajo se ha pretendido demostrar cómo las obras incluidas en la biblioteca de don Joaquim Setanti realmente influyeron en su formación política y, por otro lado, analizar cómo sus deberes políticos y militares estuvieron detrás de la adquisición de determinadas obras.

### **Abstract**

The aim of this work is to show how the books in Joaquim Setanti 's library actually had an influence on his political training. His own career on both political and military levels conditioned some of his literary purchases.

# La biblioteca de don Joaquim Setantí

## Las lecturas de un tacitista catalán

---

ANTONIO ESPINO LÓPEZ

*Universitat Autònoma de Barcelona*

*Par la présente étude, nous avons voulu démontrer la manière dont les œuvres présentes dans la bibliothèque de don Joaquim Setantí ont vraiment pu influencer sa formation politique et, d'un autre côté, analyser dans quelle mesure ses obligations politiques et militaires ont conditionné l'acquisition d'œuvres déterminées.*

*En el presente trabajo se ha pretendido demostrar cómo las obras incluidas en la biblioteca de don Joaquim Setantí realmente influyeron en su formación política y, por otro lado, analizar cómo sus deberes políticos y militares estuvieron detrás de la adquisición de determinadas obras.*

*The aim of this work is to show how the books in Joaquim Setanti's library actually had an influence on his political training. His own career on both political and military levels conditioned some of his literary purchases.*

*Mots-clés*: Bibliothèque – Lecture – XVI-XVII<sup>e</sup> siècle – Tacitisme.

**J**OAQUIM SETANTÍ i Alzina, ciudadano honrado de Barcelona, caballero de la orden de Montesa (en 1606) y castellano de la fortaleza de Bellaguarda, era descendiente de una familia de mercaderes de origen italiano instalados en Cataluña desde el siglo XIV que, con el tiempo, intervinieron en el gobierno municipal de Barcelona. Militar y escritor, Setantí se enroló en los tercios que llevó el duque de Alba a los Países Bajos, estando ausente de Barcelona entre 1566 y 1571. Al regresar, Felipe II le concedió el gobierno de la fortaleza de Bellaguarda con sus privilegios. A partir de 1588 comienza a disfrutar de cargos en el gobierno municipal: *conseller tercer*, *clavari* en

1590, *conseller-en-cap* en 1592..., aunque con cierta oposición, pues no se deseaba que los oficiales reales simultanearan dichos cargos con los de la Ciudad Condal. Entre 1599 y 1601 tuvo bajo su custodia los asuntos militares de Barcelona, pero renunció sin que se sepa por qué. En 1603 era *diputat* y al año siguiente de nuevo *conseller-en-cap* de Barcelona. En 1616, tras publicar sus obras, el virrey duque de Alburquerque le concedió una de las capitanías ordinarias de Cataluña. Tras dos matrimonios (en 1586 con Verónica Cellers y en 1608 con Anna Bresco) sin hijos, Setantí murió en 1617 y no pudo transmitir el «nobilitatis titulo» concedido en 1610 por los servicios prestados a Felipe II y Felipe III<sup>1</sup>.

Joaquim Setantí fue el autor de *Aforismos sacados de la Historia de Publio Cornelio Tácito por el Dr. Benedicto Arias Montano para la conservación y aumento de las Monarquías, hasta ahora no impreso. Y las Centellas de varios conceptos con los de un amigo de don Joaquim Setantí...* (Barcelona, S. Matevad, 1614). La obra, que se dedicó al obispo de Barcelona, estaba compuesta por los quinientos preceptos que se atribuían a Arias Montano y los ochenta y cinco últimos son las «centellas» de Setantí, calificadas por F. Sanmartí como «vulgares perogrulladas»<sup>2</sup>. Es más, asegura que Setantí plagió a Alamos de Barrientos y atribuyó a Arias Montano los aforismos seleccionados del primero<sup>3</sup>. En la aprobación del jesuita R. Guerau de los *Aforismos* de J. Setantí, se lee: «...me parece obra aguda, varia, apacible y provechosa, en especial para hombres de corte y de gobierno... y así es más de alabar el ingenio del autor, que supo tan en breve formar una idea de gobierno político y cristiano, que los largos y afeitados discursos de Platón y otros, que como en sueños quisieron dibujar repúblicas y regidores dellas».

Para B. J. Gallardo, a diferencia de F. Sanmartí, J. Setantí se caracterizaba por su lenguaje elegante y por la profundidad de su pensamiento<sup>4</sup>. José A. Fernández-Santamaría considera que nuestro autor, gracias a su estilo breve y vigoroso, característico de sus aforismos, «consigue delinear con gran

1. Cristián Cortès, *Els Setantí*, Barcelona, 1973, pp. 112 y ss.

2. F. Sanmartí, *Tácito en España*, Barcelona, 1951, p. 123 y ss.

3. Además de la de Setantí, hubo otras ediciones de Tácito: *Las obras de C. Cornelio Tácito. Traducidas de Latín en Castellano por Emanuel Sueyro* (Amberes, Hdos. de P. Bellerio, 1613); *Los cinco primeros libros de los Annales de Cornelio Tácito... Traducidos de lengua latina en castellana por Antonio de Herrera* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1615); *Tácito español ilustrado con Aforismos, por Don Baltasar Alamos de Barrientos* (Madrid, L. Sánchez, 1614). Juan Alfonso de Lancina escribió unos *Comentarios políticos a los annales de cayo Vero Cornelio Tácito* (Madrid, M. Alvarez, 1687).

4. Noticias sobre sus obras en A. Palau, *Manual del librero Hispanoamericano*, Tomo XXI, Barcelona-Oxford, 1969, pp. 131. Los historiadores de los que se sacan las sentencias son: Tucídides, Jenofonte, Herodoto, Quinto Curcio, Tácito, Livio, Egesipo, Procopio, Leonardo Aretino, Appiano Alejandrino y Dion Casio.

habilidad y fuerza los contornos del empirismo político»<sup>5</sup>. Para Setantí, el gobierno de los asuntos públicos, al carecer de reglas, es muy difícil de aprender; sólo podremos desenvolvemos bien gracias al «entendimiento práctico», es decir, una mezcla de razón o sabiduría unida a la experiencia personal. Estamos ante un ejemplo más, propio de la época, de la pugna entre experiencia y conocimiento, teoría y praxis: son muchos los autores que, en un momento dado – a menudo en una misma obra – apuestan por una de ellas para, poco después, desdecirse y confiar en la otra. El propio Setantí concluirá que «Del entendimiento y de la práctica nacen las reglas del buen gobierno, y para nuevas ocasiones valen más las recién nacidas que las viejas» (centella 292); o «Para mantener sano y para curar el cuerpo enfermo de una república, más vale una onza de práctica que cien libras de teórica» (centella 19). Por ello, hay que reparar en que Setantí, en el caso de la razón de Estado, se muestra contundente y sin ambivalencias: la «buena» razón de estado es «aquella que basta a mantener los reinos en paz, y a defenderlos en guerra justa» (centella 7). Porque más adelante, en la centella 365, dirá que los cambios que acontecen con el devenir de los tiempos y con la «diversidad de los hombres» hacen que la experiencia sirva de bien poco<sup>6</sup>. En la centella 72 ya había dicho: «Los pareceres de los hombres son dudosos, las circunstancias de las cosas variables, y por esto mal seguros los ejemplos». Y en la 85 declara: «Mira bien los caminos por donde fueron los que acertaron, pero coteja bien las circunstancias y las condiciones de los tiempos». El peligro vendrá con la expansión del Estado: «Si el deseo de acrecentar de estado no turbase el buen gobierno, en todo el mundo habría paz y justicia» (centella 3).

Este tipo de ideas se pueden rastrear perfectamente siguiendo el contenido de las obras de contenido político de su biblioteca. F. Furió Ceriol se decantaba por el estudio de la Historia para entender el tipo de gobierno de los antiguos, pero sin desdeñar la experiencia de los políticos de su tiempo; en cambio, con un autor como Cerdán de Tallada se pasaba a una cierta idea de progreso: con el transcurso del tiempo los hechos se repiten y se van perfeccionando, por lo que el saber político de aquellos años era superior al de los antiguos. El siguiente paso, que Setantí obviamente dio, fue consumir la obra que expresaba el pensamiento político

5. J.A. Fernández-Santamaría, *Razón de estado y política en el pensamiento español del Barroco (1595-1640)*, Madrid, 1986.

6. También las centellas 130, 131, 348 abundan en lo mismo: «A los ejemplares antiguos es menester acompañar con discursos nuevos»; «La diversidad de los tiempos y de las circunstancias varían los efectos de las cosas iguales»; «El conocimiento y memoria de las cosas pasadas es una luz y guía de las operaciones humanas, pero en todos los hechos de importancia es necesario a más desto la firmeza de la práctica y experiencia...».

de la contrarreforma: la *Razón de Estado* de Giovanni Botero (1540-1617). Publicado originalmente en Venecia (1589), el libro fue traducido por Antonio de Herrera en 1593. Crítico de Maquiavelo, aunque sin renunciar en el fondo a todo lo que de útil halló en la obra del florentino, Botero tratará sobre el dominio de los medios necesarios no sólo para fundar un estado, sino también para mantenerlo y aumentarlo.

El enfrentamiento contra N. Maquiavelo y J. Bodin hizo, según J.A. Maravall, que se acudiese de nuevo a la escolástica tradicional, recuperándose la figura de Aristóteles en el ámbito político, filosófico y científico. Pues bien, tal circunstancia también la detectamos en J. Setantí<sup>7</sup>.

En el inventario de su biblioteca aparecen nada menos que quinientos ejemplares de su obra *Frutos de la Historia*. Se supone una primera edición de este libro de 1590, aunque todo parece indicar que la única edición barcelonesa de la época fue impresa por L. Deu en 1610 y dedicada a don Francisco Gasol, del consejo el rey y protonotario de la Corona de Aragón; el impreso de Setantí incluía una traducción del trabajo de F. Guicciardini, *Propositioni overo Considerationi in materia di cose di Stato sotto titolo di Avertimenti, Arredimenti Civili e Cocetti Politici*, un conjunto de ciento cuarenta y cinco consejos políticos que se completaban con cincuenta y cinco del propio Setantí. La obra también incorporaba un discurso sobre la Historia y el provecho que de ella puede sacarse; sentencias de diversos historiadores; los «fundamentos de Estado e instrumentos de reino»; una instrucción general para embajadores de príncipes de Cosme Ventura y unos avisos para gobernadores de provincias. El libro de J. Setantí fue vertido al italiano por Francesco Prati (Venecia, P. Milocco, 1617).

El jesuita R. Guerau también había aprobado esta obra de Setantí. Este, en su dedicatoria al lector, defiende las compilaciones: «Ha millares de años que nos servimos de los trabajos ajenos... todo cuanto se hace y se ha podido hacer de muchos siglos a esta parte, ha sido imitar y entretejer con artificio, o puramente traducir».

#### LA BIBLIOTECA

El inventario de los bienes de Don Joaquim Setantí<sup>8</sup> recoge una biblioteca compuesta por 370 volúmenes que corresponden a 338 títulos escritos en

7. Véase J. A. Maravall, *Antiguos y modernos*, Madrid, 1998, pp. 524-528.

8. Arxiu de Protocols de Barcelona, notari Antoni Roure, *Llibre d'inventaris*, 1592-1621. Aunque la obra de Cristián Cortés reproduce el inventario de bienes, faltan algunos libros y tampoco incluye el encante.

latín, catalán, castellano, francés e italiano<sup>9</sup>. Dos de estos títulos son manuscritos. Al menos cuarenta y siete obras – quizás alguna más – estaban escritas en italiano, cinco en francés, veinticuatro en catalán, ocho en latín y el resto, doscientas cincuenta y cuatro (75,1 %), en castellano. En cuanto a los formatos, en numerosas ocasiones la descripción de las obras no incluye esta información; cuando sí lo conocemos, en la mayoría de los casos abundan las obras en tamaño folio – de «estampa» reciente, pero con algunos libros de «estampa antigua» – y de tamaño cuarto. La revelación del encante, en cuanto a la venta de la biblioteca, tampoco es muy precisa, pues a menudo agrupa obras sin especificar los títulos, pero se vendieron 323 volúmenes, es decir, el 87,2 % de la biblioteca. Entre los compradores destacan Pere-Joan Comes, canónigo de Santa Anna; el historiador y archivero Dídac Monfar i Sors, que era pariente de la primera mujer de Setantí; el también canónigo de Santa Anna Pere-Màrtir Pla; algunos notarios y diversos nobles como Ramón de Calders, Lluís de Boixadors o Francesc de Magarola.

#### OBRAS DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

La Historia de Cataluña, de la Corona de Aragón y de España estaba bien representada en la biblioteca del caballero Setantí. Las *Cròniques d'Espanya* de Pere Miquel Carbonell (Barcelona, C. Amoròs, 1547), una obra que ha sido calificada como elitista y realista, fue compuesta por su autor entre 1495 y 1513. También poseía una edición de la *Crónica general de España* de Pedro Antonio Beuter (Valencia, 1546), al igual que la obra del mismo título de Ambrosio de Morales que era, en realidad, la continuación del trabajo de Florián de Ocampo (Alcalá de Henares, Juan Iñiguez de Lequerica, 1574-1577, 2 vols., Fol.); así como la *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel* de Hernando del Pulgar, que terminó Alonso de Santacruz, cuya primera edición se imprimió en Valladolid en 1565. De Esteban de Garibay contaba con su *Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España* (Amberes, Plantino, 1571, Fol.). Más difícil es hallar el rastro de una *Crónica del rey Alfonso* – Alfonso VII, Alfonso X (Valladolid, 1557), Alfonso XI (Medina del Campo, 1551, 1563; Toledo, 1595)... –, a menos que se trate de *Las*

---

9. En realidad, Setantí tenía más libros, pero la fuente nos impide saber el número exacto: poseía «dos bauls forrats de cuyro vermell dins los quals y ha diversos llibres estampats sens enquadernar». Arxiu Històric de Protocols de Barcelona, notario Antoni Roure, *Llibre d'inventaris, 1592-1621*.

*quatro partes enteras de las Crónicas de España que mandó componer... don Alonso llamado el sabio* (Zamora 1541 y Valladolid, S. De Cañas, 1604). La obra citada como «Compendi de les questions de Espanya, folio» podría ser *Compendiosa Historia Hispánica* del obispo de Zamora Rodrigo Sánchez de Arévalo en una edición en tamaño folio como la incluida en *Rerum Hispaniarum scriptores* (Francfort, 1579) o la *Hispania illustrata* de Andreas Schott (Francfort, 1603-1609). Un lugar de honor debió ocupar la magna obra de Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (Zaragoza, 1562-1580; Zaragoza, 1578-1585). De Francesc Tarafa contaba con un viejo ejemplar – según la descripción que se nos hace en el encante – de su *De origine ac rebus gestis Regum Hispaniae liber* (Amberes, 1553; traducción castellana de Alonso de Santa Cruz, Barcelona, C. Bornat, 1561). Asimismo, estaba presente la *Crónica de España* de Diego de Valera, que fue impresa por primera vez en Sevilla (1482). De Pere Tomic tenía su conocidísimo libro *Histories e conquestes dels reis d'Aragó e comtes de Barcelona* (Barcelona, 1495, 1519, 1534). De Bernat Desclot poseía *Historia de Cataluña... de las empresas hechas en su tiempo por los reyes de Aragón...* en traducción de R. Cervera (Barcelona, Cormellas, 1616).

La *Historia imperial y cesárea* (Sevilla, Juan de León, 1545)<sup>10</sup> de Pedro de Mexía, una historia de la vida de los emperadores romanos desde César y que abarca hasta el abuelo paterno de Carlos V, el emperador Maximiliano I, no podía faltar. Así como, hasta cierto punto, su continuación lógica: una historia del reinado de Felipe II. J. Setantí dispuso del trabajo del cronista regio Antonio de Herrera Tordesillas, *Historia general del Mundo*, [primera parte, 1559-1579, (Madrid, L. Sánchez, 1601); segunda parte, 1575-1585 (Madrid, P. Madrigal, 1601); tercera parte, 1585-1598 (Madrid, A. Martín de Balboa, 1612). De las dos primeras partes hay una reimpresión en Valladolid, J. Godínez, 1606 y de las tres partes juntas en Madrid, 1612]. Juan de Pineda no podía faltar con *Los treynta libros de la Monarchía eclesiástica o historia universal del mundo* (Barcelona, J. Cendrat, 5 vols., 1594, Fol.); así como Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica, en la qual se contienen las vidas y hechos notables de todos los summos pontífices romanos* (Salamanca, 1573, Burgos, 1578, Zaragoza, 1584).

J. Setantí mostró una especial predilección por las obras de Paulo Giovio, obispo de Nocera. Poseía dos ejemplares del *Libro de las historias y*

10. María Concepción Casado Lobato, «La biblioteca de un escritor del siglo XVII: Bernardino de Rebolledo», en *Revista de Filología española*, Madrid, 1975, p. 268. Otras ediciones en Sevilla (1547, 1551), Amberes (1552, 1561, 1578 y 1579), Basilea (1547) y traducción italiana. Esta obra fue continuada hasta el reinado de Fernando III por el padre Varen, siendo publicada en Madrid en 1655.

*acontecimientos en Alemaña, España, Francia, Italia... y mundo nuevo, y en otros reynos y señoríos: comenzando del tiempo del papa León [X], y de la venida de la Magestad del Emperador... Carlos quinto de España y hasta su muerte*; casi sin duda uno de ellos es la edición de Venecia de 1608, en 4º, traducción de L. Domenichi, y otro, en folio, podría ser la primera edición en latín, dos tomos en un volumen, de 1550-1552. La traducción castellana era del médico valenciano Antonio Juan de Villafranca (Valencia, J. Mey, 1562, Fol.). Asimismo, poseía *Gli elogi. Vite d'huomini illustri di guerra* (Florenca, Torrentino, 1554). También contó con *La vida y Crónica de Gonzalo Hernández de Córdoba* en su traducción castellana de Pedro Blas de Torrellas (Zaragoza, 1553) y *La vita di Fernando Davalo, Marchese di Peschara* (Florenca, Torentini, 1551, 1553, 1556; Venecia, 1557). Asimismo dispuso del *Diálogo de las empresas militares y amorosas* (en traducción de Alonso de Ulloa, Venecia, G. Giolito, 1558; Lyon, G. Roville, 1561 y 1562).

De Alejandro Andrea disponía de una obra que encontramos en muchas bibliotecas: *La guerra de campaña de Roma y reino de Nápoles* (Madrid, 1589). Recoge los acontecimientos bélicos acaecidos en Italia en el transcurso de la guerra entre Felipe II y Paulo IV apoyado por Francia y el duque de Ferrara (1556-1557). Andrea escribió un primer esbozo en italiano que fue impreso por G. Ruscelli en Venecia (1560). Esta obra es la traducción castellana realizada por el propio Andrea. El interés por las Guerras de Italia es evidente con la presencia de obras de historia de aquel país, como veremos, al igual que trabajos como el ya mencionado de P. Giovio dedicado al Gran Capitán. Todo ello nos hace pensar en si al *cavaller* Setantí le interesaba la historia de Italia o, más bien, lo que le apasionaba era el desarrollo de las luchas por la hegemonía de aquella península entre Austrias y Valois. La sospecha se acrecienta al saber que poseyó asimismo de Philippe de Commines, *Memorias de Comines, señor de Argenton, del rey Luis XI y Carlos VIII en italiano* (Milán, 1610). Por cierto que también dispuso de una obra muy famosa en su época: de Jean de Joinville tenía, en francés, *L'Histoire et cronique du très chrestien roy S. Loys IX..* (Poitiers, 1547; Poitiers, s.f.; Ginebra, J. Chouët, 1595 y 1596 y París, D. Guillemot, 1609).

El largo conflicto de Flandes se encuentra representado por dos obras: Antonio Trillo, *Historia de la rebelión y guerras de Flandes, con unos muy importantes y provechosos discursos en materia de guerra y estado...* (Madrid, G. Drouy, 1592, 4º), y la obra de Rolando Natín Miriteo (Antonio Martín del Río), *Comentarios de las alteraciones de los Estados de Flandes* que fue traducida del latín al castellano y publicada en Madrid (P. Madrigal, 1601, 4º). Sólo se echa en falta la obra de Bernardino de Mendoza, porque el

resto de las historias importantes sobre Flandes son, casi todas, de fecha posterior a la muerte de Setantí.

Otros acontecimientos dejaron su rastro entre los libros de nuestro autor. Es el caso de la gesta de don Juan de Austria: *La singular y admirable victòria que... obtinguè... don Juan de Austria de la armada turquesca* del poeta Joan Pujol<sup>11</sup>. Y, sobre todo, la anexión de Portugal. El libro que al respecto poseía Setantí podría tratarse de la famosa obra de Antonio de Herrera, *Los cinco libros de Antonio de Herrera de la Historia de Portugal y conquista de las Islas Açores* (Madrid, P. Madrigal, 1591, 4º), o bien de un ejemplar de la obra de Gerónimo de Franchi «Unión del reino de Portugal». Es esta una obra de autoría discutida. G. de Franchi sería, en realidad, el autor italiano Girolamo Conestaggio, quien supuestamente escribiría una *Dell'unione del regno di Portogallo alla Corona di Castiglia* (Génova, G. Bartoli, 1585; Venecia, P. Ugolino, 1591; Milán, B. Bidelli, 1616). Obra de gran éxito, con traducciones al francés, inglés, latín, alemán y castellano (Barcelona, Cormellas, 1610), tuvo catorce ediciones hasta inicios del siglo XVII. Se atribuye la obra a Juan de Silva, marqués de Portalegre, embajador de Felipe II ante el rey Sebastián I de Portugal.

El interés por América puede calificarse como discreto<sup>12</sup>. En la biblioteca de Setantí se encontraba *La Historia de las Indias primera y segona part* de tamaño folio, que podría ser la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien publicó la segunda parte en Valladolid (1557). Pero, como veremos, a partir de otras obras también era posible adquirir conocimientos sobre las nuevas tierras.

De un ámbito más cercano, y manteniendo el interés de la lucha contra el Turco, es la *Corónica del Esforçado Príncipe y Capitán Iorge Castrioto. Rey de Epiro o Albania*, una traducción del portugués de Juan de Ochoa (Madrid, L. Sánchez, 1597). La traducción portuguesa (Lisboa, M. Burges, 1567, Fol.; Lisboa, 1588, Fol.) se hizo del original en latín, cuyo autor era M. Barletius (; 1508?). Los asuntos de Asia también le interesaron. Setantí poseía la *Historia del gran reino de China* de Fray Juan González de Mendoza, que fue publicada por primera vez en Roma en 1585. Antes de fin de siglo se había impreso treinta y ocho veces en castellano, inglés, italiano, francés, latín, alemán y holandés. Mendoza, fraile agustino, fue encargado por Felipe II para que organizara una embajada a China. Su obra es el producto de la preparación de su particular empresa, por lo que

11. M. Peña, *El Laberinto de los libros. Historia cultural de la Barcelona del Quinientos*, Madrid, 1997, p. 151.

12. Con todo, poseía un ejemplar de *La Araucana* de Alonso de Ercilla en tamaño 4º. La última edición del XVI fue publicada en Madrid en 1597.

incluye información sobre los viajes efectuados por otros frailes en aquellos años, además de la extraída por sus lecturas de libros chinos y de las traducciones que encargó realizar. El libro de Mendoza puso al día la visión que de Asia tenían los europeos. Hubo una edición barcelonesa de este libro: J. P. Manescal lo imprimió en 1586<sup>13</sup>. El ejemplar del caballero J. Setantí fue vendido en encante al canónigo J. Coma por tres sueldos. También poseía una obra menos famosa: de Amaro Centeno, *Historia de las cosas del Oriente* (Córdoba, D. Galván, 1595). De Juan Ceverio de Vera tenía su *Viaje de la Tierra Santa y descripción de Jerusalén y del santo Libano... con un itinerario para peregrinos* (Madrid, L. Sánchez, 1597).

La Historia de Italia estaba representada con la obra de Francesco Guicciardini. La *Storia d'Italia* que tenía Setantí podría tratarse de la edición veneciana publicada por G. Giolito en 1567 (2 vols., 4º). En la *Storia d'Italia* de F. Guicciardini (1483-1540) (1ª edición de Florencia, 1561; 1ª edición hispana en Baeza, Juan B. Montoya, 1581, en traducción de Antonio Flórez de Benavides), se narran los hechos acaecidos entre 1492 y 1534, escribiéndose la obra entre 1537 y 1540. Como historiador, Guicciardini buscaba la exactitud y el análisis desapasionado de los acontecimientos siguiendo un estilo realista, aunque la primera edición castellana estuvo más interesada en resaltar que, más que una Historia de Italia, el lector tenía entre sus manos una relación de las proezas del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba.

El *Compendio de las historias del reyno de Nápoles* (1498) de Pandolfo Collenuccio (1444-1503)<sup>14</sup> también se encontraba entre los libros de Setantí. El libro de Collenuccio tuvo un éxito notable con ediciones en francés (París, 1546, 1553 y 1586), en latín (Basilea, 1572 y 1618) y castellano (traducción de Nicolás Espinosa, Valencia, J. Navarro, 1563, 8º y Sevilla, F. Díaz, 1584, Fol.), y nada menos que cincuenta ediciones italianas, totales o parciales, entre 1539 y 1613. La historia de Nápoles de Collenuccio era el equivalente de la historia de Venecia de Sabellico, una obra que no poseyó nuestro autor. Collenuccio aprovechó su condición de hombre de estado para informarse de la política de su tiempo, siendo su principal objetivo mostrar las bondades del gobierno del «buen príncipe», criticando las veleidades temporales de algunos papas, de Inocencio III a Alejandro VI. Collenuccio estuvo influido por clásicos como Procopio o

---

13. Otras ediciones en castellano de esos años: Valencia, Vda. de P. de Huete, 1585, 8º; Madrid, Q. Gerardo, 1586, 8º; Medina del Campo, S. del Canto, 1595, 8º.

14. El ejemplar del caballero J. Setantí fue adquirido en encante por Didac Monfar, quien también compró dos ejemplares *Della Historia del Mondo* (Pavía, A. Viani, 1602, 4º) de Cesare Campana.

Tácito, y modernos como F. Biondo o il Platina<sup>15</sup>. La historia veneciana la cubrió nuestro autor con la obra de P. Bembo (1450-1547) *Historiae Venetiae Libri XII* (Venecia, 1551) – o su edición en vulgar *Della historia veneciana* (Venecia, 1552) –. De todas formas, es curioso que no poseyera ningún libro sobre la historia de Milán y de Génova. Es altamente probable que los «sucessos en Italia» que nos indica la fuente se traten de la obra de Faustino Tasso, *Le historie de successi de nostri tempi* (Florenca, L. Torrentino, 1583).

El interés por la historia de Italia se debía complementar con el de su geografía. Leandro Alberti y su *Descrittione di tutta Italia, nella quale sin continue il sito di essa, l'origine et la Signorie della città et della Castella...* (Bologna, 1550, más diez ediciones en Venecia de 1551-1631, y dos ediciones latinas en Colonia, 1566 y 1567) no podía faltar en una biblioteca como la de J. Setantí. Leandro Alberti construyó su obra siguiendo la *Italia Illustrata* de Flavio Biondo, pero apartándose de toda concepción cosmográfica. En palabras del propio Alberti, su escrito era más bien el trabajo de un «geografo topografo e historico insieme». Alberti utiliza siempre que puede las obras de los geógrafos clásicos y de los autores modernos sólo las de los más contrastados cuando no había más remedio. Tampoco tomaba partido en cuanto a la crítica histórica, sino que cita todos los puntos de vista. Por ello, su obra no es una revisión crítica de F. Biondo, sino un complemento<sup>16</sup>. La fuente parece indicarnos que también contó Setantí con una obra de Matteo Selvagio, *Opus pulchrum et studiosis iucundum de tribus peregrinis seu de colloquis trium peregrinorum: de divinis perfectionibus, de philosophia sanctos, de partibus mundi, climatibus, linguis et populis, civitatibus et conditoribus...* (Venecia, 1542), una descripción de Italia (Sicilia y Roma) y de Jerusalén.

Las cosmografías eran obras que agrupaban conocimientos astronómicos, históricos y de ciencias naturales, iban ilustradas e incluían mapas. De las cosmografías renacentistas, quizás la más popular es la del matemático y astrónomo Apiano (primera edición de 1524), que tuvo quince ediciones y fue traducida a cinco idiomas. Nuestro autor, casi con toda seguridad, poseyó la siguiente edición: *La Cosmographia de Pedro Apiano, corregida y añadida por Gemma Frisio... El sitio y descripción de las Indias y mundo nuevo, sacado de la historia de Francisco López de Gómara, y de la Cosmographia de Ierónimo Giraua Tarragonéz* (Barcelona, Cormellas, 1592); de modo que la novedad americana también estaba incluida en este tipo de obras.

15. Eric Cochrane, *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*, Chicago, 1985, pp. 155-156.

16. Véase, *Dizionario biografico degli italiani*, Vol. 1, Roma, 1960, pp. 700-701.

J. Setantí contaba con una obra muy conocida del historiador T. Porcacchi, *L'isole piu famose del Mondo* (Venecia, G. Porro, 1572; otra edición de 1605); aunque Porcacchi fuese mucho más reconocido en el Quinientos por su interés por las características de la guerra en la Antigüedad<sup>17</sup>.

También nos aparece la obra de Giovanni Botero: *Delle relationi universale di Giovanni Botero Benese* (Ferrara, 1591-1593), que Setantí poseía en italiano, a pesar de haber sido traducida por Jaime Rebullosa y publicada en Barcelona, y su conocida *Descripción de todas las provincias y reynos del mundo, sacada de las relaciones Toscanas de Juan Botero Benes* (Barcelona, G. Graells, y D. Dotil, 1603 y Valladolid, 1603)<sup>18</sup>. G. Botero, que originariamente concibió su obra como un ensayo de la progresión del Cristianismo en el Mundo, terminó por redactar un repertorio orgánico de antro-po-geografía, con noticias de demografía, geografía física, economía, potencia militar y política de los diferentes Estados. Durante un siglo tuvo una gran difusión al considerarse estas *Relazioni* como el manual de geopolítica de las clases dirigentes europeas. La mejor prueba es su centenar de ediciones en latín, alemán, inglés, castellano y polaco. La cuarta parte de la obra está dedicada a la religión de los indios americanos y su evangelización, una nueva prueba de que el lector podía estar informado sobre las Indias sin poseer libros dedicados exclusivamente a la Historia de América<sup>19</sup>.

Pero, más que en las obras sobre historia de Italia en sí misma, la presencia abrumadora de autores italianos la detectamos en otros ámbitos de interés histórico y geográfico. La obra de Bartolomeo Sacchi, el Platina (1421-1481), *De vita et moribus summorum pontificum historia* (1479) tuvo un éxito fulgurante, tanto en latín como en italiano, con ocho ediciones antes de 1485. Su obra fue continuada por otros historiadores de la Iglesia como Volterrano u Onofrio Panvino<sup>20</sup>. *Della Historia del Mondo libri quattro, ne' quali si narra... quanto è occorso d'anno in anno dall'edificazione di Roma fin a gli anni del mondo 3361* (Venecia, 1591; Pavía, A. Viani, 1602, 4º) de Cesare Campana la poseía nuestro autor, quien disponía de dos ejemplares. Campana, seguidor del estilo y de la orientación de la obra de Tarcagnota, espantado por la envergadura cronológica del trabajo emprendido – y la consulta de todas las autoridades del pasado – optó por abandonar el empeño – de hecho, su obra narra lo acontecido en el

17. Tommaso Porcacchi, *Le cagioni delle guerre antiche*, Venecia, G. Giolito, 1564.

18. También hubo una edición gerundense impresa por G. Garrich en 1622.

19. *Dizionario biografico degli italiani*, Roma, 1971, Vol. 13, pp. 352-362.

20. E. Cochrane, *op. cit.*, pp. 55-56.

mundo entre la época de Rómulo y la de Tarquinio Prisco —, pasándose a la historia de los acontecimientos de su época, entre otros, las Guerras de Flandes y las guerras contra los turcos<sup>21</sup>. Por lo tanto, la *Historia del mundo* de Campana es, más bien, una historia de los reyes de Roma. Un seguidor de C. Campana fue el jesuita Antonio Possevino (1533-1611). Su obra, *Apparato all'istoria di tute le nationi...* (Venecia, 1598), se hizo popular en las bibliotecas barcelonesas de la primera mitad del siglo XVII. Setantí sería uno de los primeros en poseerla. A. Possevino, que realizó misiones diplomáticas por cuenta de Gregorio XIII en el norte y en el este de Europa, vertió diversas informaciones de naturaleza histórico-político-geográfica en diferentes obras, sobresaliendo la mencionada<sup>22</sup>.

La obra descrita en el inventario de Setantí como «Sumario histórico» podría tratarse de la obra de J. P. Foresti, *Suma de todas las crónicas del mundo, llamado Supplementum Chronicarum* en traducción de N. Viñoles (Valencia, 1510, Fol.). Jacopo Filippo Foresti (1434-1520), conocido como Jacopo Filippo da Bergamo, escribió la primera *Historia ab orbe condito* (Bérgamo, 1483) de enorme éxito, traducida al italiano en 1505 y con sucesivas ediciones — otras cinco antes de 1540 — y traducción castellana. Su monopolio duró hasta 1553, cuando su obra — y sus interpretaciones — fueron superadas por los trabajos de autores como F. Sansovino o M. Sanudo<sup>23</sup>.

Los historiadores de la Antigüedad clásica eran una lectura obligatoria para un intelectual de la trayectoria de J. Setantí. Ya hemos mencionado la lista de autores utilizados para extraer de sus obras los oportunos aforismos, pero no todos estaban presentes — o reconocidos por nosotros — en su biblioteca. Entre los hallados se encuentra Tucídides y su *Historia de las Guerras del Peloponeso*. Tucídides realizó una historia política del presente, más preocupado por el análisis de los hechos que por la acumulación de los mismos. Al igual que Herodoto, Tucídides se alejó de lo épico e intentó comprender los sucesos históricos sin caer en digresiones de tipo geográfico o etnográfico. También empleó como recurso dramático los discursos en los que los personajes históricos enfrentaban sus puntos de vista<sup>24</sup>. Su obra era, en realidad, una reflexión sobre el poder que interesó mucho a los hombres del Renacimiento. Alfonso V el Magnánimo ya encargó una traducción.

21. *Dizionario biografico degli italiani*, Vol. 17, Roma, 1974, p. 332.

22. E. Cochrane, *op. cit.*, pp. 357-358.

23. E. Cochrane, *op. cit.*, pp. 377-378. No hemos podido identificar las siguientes obras: «Cronología del mundo, italiano, 4º», «Advertimientos de historia», «Historia de Como, italiano».

24. F. Rodríguez *et alii*, *Raíces griegas de la cultura moderna*, UNED, Madrid, 1994, pp. 87-88.

Diego Gracián de Alderete la tradujo al castellano y la editó en Salamanca en 1564<sup>25</sup>. La versión latina más conocida fue la de Lorenzo Valla, vertida al latín en 1452 y editada en 1513 en París con el título: *De bello peloponesium atheniensiumque libri octo, Laurentio Vellensi interprete*. Otras ediciones en Colonia, 1550 y 1564<sup>26</sup>.

También poseía J. Setantí en castellano las obras de Jenofonte traducidas por el secretario regio Diego Gracián y publicadas en Salamanca en 1552. La traslación de Diego Gracián<sup>27</sup> incluía la *Historia de Ciro* en ocho libros, donde se explicaban las cualidades del perfecto príncipe y el mejor género de gobierno; continuaba con la *Anábasis* en siete libros, «donde se muestra claramente que vale más la disciplina y prudencia de los capitanes y la virtud y el esfuerzo de pocos soldados, que no la multitud de huestes de los enemigos»; le siguen, todos compuestos por un libro, el oficio y cargo del capitán general de la caballería, y de lo que se requiere en el buen caudillo; un arte militar de caballería, de los caballos y de las «partes» que ha de tener el buen caballero para la guerra; loores y proezas de Agesilao, rey de Lacedemonia, «en que se representa qual deve ser un prudente y valeroso capitán; de la República y gobernación de los lacedemonios, y de las reglas y preceptos de la guerra; de la caza y montería, cuyo exercicio es necesario para la guerra».

En la dedicatoria al futuro Felipe II, D. Gracián explicaba que más que objetos de oro y plata o joyas, que no dejaban de ser mercaderías, era más provechoso para el príncipe que el estudioso le presentara el objeto de sus desvelos. Con estas traducciones le ofrecía a su señor todo un programa de consejos políticos y bélicos. «Y aunque esta orden y manera antigua de guerrear no conviene, ni concuerda del todo con la disciplina militar de nuestro tiempo, todavía es cosa agradable y apazible conferir y comparar aquella muy antigua con la nuestra». Siempre hay tiempo para enmendar lo corregible con el conocimiento y el ejemplo de los clásicos. El príncipe deberá recibir su trabajo con ánimo real, «para que con rebolverla a ratos pueda recrear el espíritu cansado de continuos trabajos, y arduos trabajos de la república, con el deleyte de la Historia...».

Historiador de ascendencia helénica, Appiano Alejandrino destacó en la época imperial. Encontramos entre los libros de J. Setantí su *Historia de las Guerras civiles de los romanos*. Esta obra era tan sólo una parte de los

25. M. Peña, *El laberinto de los libros*, pp. 275-276.

26. J.M. Laspéras, «La biblioteca de Cristóbal de Salazar humanista y bibliófilo ejemplar», en *Criticón*, nº 22, 1983, p. 28.

27. Sobre D. Gracián, véase M. Menéndez Pelayo, *Biblioteca de traductores españoles*, Vol. II, Madrid, CSIC, 1952, pp. 177-191.

veinticuatro libros que componían originalmente su *Historia romana*. Jaime Bartolomé, canónigo de Urgell, tradujo al castellano dicha parte, que fue editada en 1592 por S. de Cormellas en Barcelona, que seguramente es la que hemos encontrado en la biblioteca que analizamos. La primera traducción en castellano es de Diego de Salazar (Alcalá, M. de Eguía, 1536)<sup>28</sup>. Jaime Bartolomé dedicó su traducción a Felipe II. La obra, muy oportuna tras los hechos de Aragón del año precedente, 1591, recalca que Roma perdió su gloria y reputación cuando comenzaron las disensiones entre sus mejores hombres, arrastrados por sus intereses particulares y abandonando el provecho público. La contradicción es que, tras caer la república romana, «ésta vino a parar en Imperio y Monarchia», siendo su principal heredero el propio Felipe II, calificado como «Monarca del Mundo».

La vida de Alejandro Magno está representada en la versión de Quinto Curcio, una alternativa a la obra de Plutarco, que fue traducida al catalán y al castellano a fines del siglo XV, y que se continuó consumiendo a lo largo del siglo XVI e inicios del siglo XVII. El documento no nos informa si era una edición latina – podía ser veneciana o lionesa o castellana – Sevilla, 1534. Justo Lipsio había recomendado la lectura de la obra de Quinto Curcio para los príncipes por la claridad de sus enseñanzas, aunque Setantí no poseía entre sus obras ninguna del pensador flamenco.

De Tito Livio aparecen, en tamaño folio, sus *Décadas*. Cabe la posibilidad de que sea alguna edición latina – *Historiae Romanae decades* –, o bien una traducción castellana (Colonia, A. Byrcmann en 1553, obra que dedicó a Felipe II, aunque ya fue impresa en Salamanca (1497), hubo otra edición de 1520 y también una barcelonesa por Claudio Bornat en 1557).

No hemos encontrado en la biblioteca de J. Setantí ninguna obra de Tácito, Herodoto, Egesipo, Procopio, Leonardo Aretino y Dión Casio, autores todos ellos que pudo conocer a través de terceros.

Pero sí contaba con los escritos de otros historiadores de la Antigüedad. El historiador judío Flavio Josefo escribió originariamente su obra en griego, aunque su *De bello judaico* se difundió en latín. Nuestro autor poseía la traducción castellana de Juan Martín Cordero, *Las guerras de los judíos y la destrucción de Hierusalem* de Flavio Josefo (Amberes, M. Nucio, 1557) y dedicó su trabajo a Felipe II. Para Martín Cordero, la Historia sirve «...à los unos, para que aprendan como deven reconocer à sus superiores, y à los otros para que vean, como en un espejo muy claramente, de que manera deven regir los que tienen baxo de su imperio».

Asimismo, hemos hallado una referencia de los *Comentarii* de las

---

28. María Concepción Casado Lobato, «La biblioteca de Bernardino de Rebolledo», p. 305.

Guerras de las Galias de César. Con multitud de ediciones – sesenta y dos europeas en estos años –, la edición príncipe de la obra fue la de Roma (1469)<sup>29</sup>.

Salustio, con su *Guerra de Yugurta*, tampoco podía faltar. Puede tratarse de una edición latina – fueron muy numerosas –, pero también de alguna traducción catalana o castellana. Es más dudoso que se tratase de la traslación confeccionada por M. Sueyro, *Obras de Caio Crispo Sallustio* (Amberes, J. Keerberghio, 1615), aunque no imposible.

De Valerio Máximo poseía otro clásico de las bibliotecas barcelonesas del siglo XVI, *Dictorum factorumque memorabilium exempla* (Salamanca, 1589), aunque podría tratarse de una versión castellana.

Pero el propio Plutarco no podía faltar; de hecho estaba presente con una edición italiana y otra castellana: *Le vite de gli huomini illustri greci et romani* (Venecia, V. Valgrisi, 1564). La edición en castellano podría ser la traducción de Juan Castro de Salinas (Colonia, A. Birckmann, 1562).

Siguiendo el notable trabajo de Manuel Peña sobre las bibliotecas barcelonesas del siglo XVI<sup>30</sup>, podemos afirmar que Joaquim Setantí no sólo fue partícipe de los gustos comunes de los habitantes de la Ciudad Condal en cuanto a las materias a las que ahora nos referimos, sino que, además, demostró tener un interés superior. Sólo en algunas bibliotecas del siglo XVII encontramos un aprecio parecido por las obras de Historia y Geografía. A Setantí le interesó la historia de Cataluña más que la historia de la Corona de Aragón, de la misma forma que le atrajeron más los reinados de los Austrias que la historia de Castilla. En el ámbito europeo, la historia de Italia domina absolutamente. América interesa muy poco, casi nada; Asia, es decir, las campañas contra los turcos, mucho más. En cuanto a los autores clásicos de la Antigüedad, destaca Setantí por el elenco disponible en su biblioteca; están todos los que deberían estar: Tucídides, Jenofonte, Flavio Josefo, Appiano Alejandrino, César, Salustio, Tito Livio, Valerio Máximo, Quinto Curcio y Plutarco. Un tema aparte es Tácito, claro.

---

29. En la Península hemos encontrado las siguientes ediciones: *Commentariorum de bello gallico*, (J. Burgiensis, 1491, Fol.); Fr. Diego López de Toledo tradujo los comentarios y se imprimieron en Toledo, (P. Llagembach, 1498, Fol). Posteriormente aparecería impreso en Alcalá, (M. de Eguía, 1529, Fol.); París, (1549, 8º); Madrid, (Vda. de A. Martín, 1621, 4º). También una traducción de P. García de Oliván impresa en Toledo, (1570, 8º) y, por último, Carlos Bonières, barón de Auchy, publicó en Varsovia (P. Elert, 1647, 4º) su personal versión de la obra de César.

30. M. Peña, *El laberinto de los libros*, especialmente pp. 108-114, 148-153, 185-190, 275-289, 503-506.

Como decíamos, nuestro autor sobresale especialmente por el número de obras de que disponía sobre estas materias: cincuenta y cinco de sus libros (16,2 % de su biblioteca) lo eran. Hemos encontrado muy pocos coetáneos de Setantí con un volumen de obras históricas y de Geografía en sus bibliotecas similar: el ciudadano honrado J. M. Çabastida disponía a su muerte, en 1610, de veinticuatro obras de dicha temática (8,7 % de sus libros); el noble R. de Calders, en 1653, tenía veintidós (7,2 % del total de obras); Gerard Alemany, asimismo noble, disfrutó de diez (15,15 % de su librería). Es decir, J. Setantí había mimado extraordinariamente su biblioteca con este tipo de impresos<sup>31</sup>. La comparación con bibliotecas de nobles castellanos de aquellos años tampoco es desfavorable para Setantí: Francisco Arias Dávila y Bovadilla, IV conde de Puñoenrostro, muerto en 1610, dispuso de treinta y siete obras de Historia y Geografía (20,3 %); Ruy Gómez de Silva, III duque de Pastrana (1626), tenía entre sus libros quince de estas materias (15,9 %)<sup>32</sup>.

Siguiendo a Manuel Peña, en la Barcelona de la segunda mitad del siglo XVI los clásicos de la Antigüedad de más usual aparición en las bibliotecas fueron César, Tito Livio, Quinto Curcio y Valerio Máximo. Según nuestro propio rastreo, en las bibliotecas barcelonesas de la primera mitad del Seiscientos los autores más repetidos fueron Flavio Josefo, Apiano Alejandrino, César y Tito Livio. Como se ha dicho, J. Setantí destaca no sólo por disponer de las obras de todos ellos. Muy pocas bibliotecas hemos encontrado cuyos poseedores tuvieran un número tan alto de obras de dicha temática: se acercan o sobrepasan ligeramente a nuestro autor el humanista y bibliófilo Cristóbal de Salazar (1579)<sup>33</sup>, el capitán e ingeniero Jerónimo de Soto (1630)<sup>34</sup>, el VII duque de Medinaceli (1673)<sup>35</sup> y el cronista Antonio de Solís (1686)<sup>36</sup>.

---

31. Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona, notario Antic Servat, *Llibre d'inventaris*, 1641-1647 (Gerard Alemany). Notario Antic Servat (padre), *Llibre primer d'inventaris*, 1605-1613 (Joan Miquel Çabastida). Notario D. Vilaseca, *Llibre d'inventaris*, 1635-1657, (Raimon Calders).

32. Bibliotecas recogidas y analizadas en Trevor J. Dadson, *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, 1998.

33. Jean-Michel Laspéras, «La biblioteca de Cristóbal de Salazar, humanista y bibliófilo ejemplar», en *Criticón*, 22, 1983, pp. 5-132.

34. Angel Laso Ballesteros, «Tradición y necesidad. La cultura de los ingenieros militares en el Siglo de Oro: la biblioteca y la galería del capitán don Jerónimo de Soto», en *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 12, Madrid, 1991, pp. 83-109.

35. M<sup>a</sup> Carmen Alvarez Márquez, «La biblioteca de don Antonio Juan Luis de la Cerda, VII duque de Medinaceli, en su palacio del Puerto de Santa María (1673)», en *Historia, Instituciones, Documentos*, nº 15, Sevilla, 1988, pp. 251-390.

36. Frédéric Serralta, «La biblioteca de Antonio de Solís», en *Caravelle*, nº 33, 1979, pp. 103-132.

Para Setantí, si bien ya hemos visto que limitaba la importancia de la historia como fuente de conocimiento práctico, finalmente no podía dejar de decir lo siguiente: «Aunque la vida humana es breve para larga experiencia, puede la memoria discurrir por la del mundo, que es larguísima, y por ella dando alcance á seis mil años pasados, juzgar bien de lo presente y aún adivinar lo porvenir» (centella 483).

#### LA FORMACIÓN POLÍTICA Y DEL CABALLERO

Las obras sobre política presentes en la biblioteca de J. Setantí – y, nunca debe olvidarse, que hemos podido identificar<sup>37</sup> – demuestran una cierta ambivalencia porque, por un lado, tenemos textos basados exclusivamente en lecturas de autores del pasado junto a los nuevos pensadores políticos de la Contrarreforma. Estaban representadas por autores como Fr. Juan Márquez, *El Governador christiano deducido de las vidas de Moysen y Josué* (Salamanca, 1612)<sup>38</sup>. Esta obra entraba dentro de la tradición de extraer las leyes de gobierno de la sociedad de las sagradas escrituras: ya no se emplean, como Antonio de Guevara, los preceptos filosóficos o los ejemplos de los príncipes de la Antigüedad. El primero en dar este paso fue Felipe de la Torre en su *Institución de un rey Cristiano* (Amberes, 1556)<sup>39</sup>. Setantí poseía, pues, una obra más reciente. Y, sin duda, nuestro autor tomó buena nota de las siguientes palabras de Márquez: «Siempre ha parecido la mayor dificultad del gobierno cristiano, el encuentro de los medios humanos con la ley de Dios; porque si se echase mano de todos, se aventuraría la conciencia; y si de ninguno peligrarían los fines, en detrimento del bien común». (Prólogo al lector) Aunque Setantí terminó pensando que «La fe y la palabra de los reyes sigue la utilidad del Estado» (centella 216).

De un talante parecido es Julio Antonio Brancalasso, *Laberinto de corte con los diez predicamentos de Cortesanos. Dos libros en los quales están comprendidos todos los bienes, y males que pueden y suelen acontecer en las*

---

37. Entre las obras no identificadas se encuentran: unas «Lettere de principe, italiano, 4º» que sospechamos pudieran ser una obra de Bernardo Tasso; «Teatro de ingenios, en 8º», «Recursos de la filosofía», «Diálogos de Juan B. Ossarino», «Instruments de filosofía», «El príncipe ¿Digio?, 4º».

38. Hallamos esta obra en las siguientes bibliotecas: en la del III duque de Pastrana (1626); en la de Francisca de Paz Jofre de Loaysa (1626); en la del VII duque de Pastrana (1673) y en la del cronista Antonio de Solís (1686). En la Barcelona del XVII encontramos el libro de Fr. Juan Márquez en las bibliotecas del escribano real J. Callavet (1626), en la del jurista J. Tamborí (1627) y en la del arcediano de Tortosa F. Puig (1647).

39. Véase José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos*, Madrid, 1998, pp. 321-322.

*Cortes de Príncipes à los que las siguen* (Nápoles, G. y L. Nucci, 1609), un libro con máximas para privados y cortesanos extraídas de numerosísimas lecturas, así como los libros de Alejandro Piccolomini, *Institución de toda la vida del ombre noble...* (traducción de Juan de Barahona, Sevilla, A. Escribano, 1577) y Fadrique Furió Ceriol, *El concejo y consejeros del príncipe* (Amberes, 1559)<sup>40</sup>.

El clérigo Julio Antonio Brancalasso señalaba en su obra la necesidad de que la nobleza estuviera bien proveída de cargos, siempre y cuando fuese competente en su desarrollo. En caso de un desempeño nefasto del mismo, se perdería el empleo para aviso de los demás. En el caso de los militares, «Quando hay mediano nacimiento y mucha experiencia militar, y fuerças de cuerpo bastantes para el ofiço que se pretende, son partes que se deben preferir a quienes no las tuviessen tales, aunque excediesen en algunas dellas à los demás; así lo afirma el Emperador León [VI] en sus sentencias de guerra». (pp. 61-63) J.A. Brancalasso defiende a ultranza que el príncipe se rodee de eruditos, dado que las letras no sólo no están reñidas con las armas, sino que además se puede ser ilustre en el ejercicio de ambas. J. Setantí, desde luego, intentó descollar tanto en un ámbito como en el otro. Y en sus centellas puso muy buen cuidado en señalar su opinión favorable al mérito y no a la cuna.

A. Piccolomini, filósofo aristotélico y literato sienés, se destacó por escribir en romance cuestiones de filosofía moral, tratando del destino humano, de la felicidad lograda gracias al dominio de las pasiones, la práctica de las virtudes, de la sociabilidad, etc.<sup>41</sup>.

Del valenciano F. Furió Ceriol nos interesa resaltar en primer lugar cómo defenderá a ultranza el conocimiento de la Historia, punto de vista del que se apartará Setantí: «El consejero que fuere grande historiador y supiese sacar el verdadero fruto de las historias, ése tal vez diré osadamente que es perfectísimo consejero; nada le falta, es práctico en todos los negocios del principado, antes es la misma práctica y experiencia. Porque las historias no son otra cosa que un ayuntamiento de varias i diversas experiencias de todos tiempos, i de toda suerte de

---

40. Decía F. Furió Ceriol que «La institución del Príncipe no es otro sino una arte de buenos, ciertos, i aprobados avisos, sacados de la esperiencia luenga de grandes tiempos, forjados en el entendimiento de los más ilustres hombres desta vida, confirmados por la boca i obras de aquellos que por su real gobierno i hazañas memorables, merecieron el título i renombre del buen príncipe. Los tales avisos, al Príncipe que los leiere i los pusiere por obra, son guía i camino trillado para venir cierta i descansadamente a la más alta cumbre de poder i gloria». (Dedicatoria a Felipe II). F. Furió Ceriol, *El Concejo y Consejeros del Príncipe*, edición de H. Méchoulan, Madrid, 1993, p. 9.

41. *Enciclopedia Espasa*, Tomo 44, Madrid, 1966, pp. 527-528.

hombres. Dadme acá un hombre grande historiador, i sepa sacar fruto dellas; este tal es más plático y tiene más experiencia en cualquier negocio que cualquier otro hombre...» (capítulo 2).

El tratado pionero de Furió Ceriol señalaba la necesidad de que el consejero poseyera toda una serie de condiciones intelectuales (además del conocimiento histórico, de lenguas y países, ingenio), prudencia, práctica en los asuntos de guerra y estado, además de condiciones físicas.

El nuevo pensamiento político estaba representado por Tomás Cerdán de Tallada, *Verdadero gobierno de la monarquía de España* (Valencia, 1581), de quien también poseía su *Visita de la cárcel y de los presos* (Valencia, 1574) una obra muy novedosa, según su propio autor<sup>42</sup>, que Setantí sin duda empleó para opinar cuando la ciudad de Barcelona, en la década de 1590, trató sobre este asunto. Y, sobre todo, por Giovanni Botero y su *Razón de Estado* (Madrid, Luis Sánchez, 1593; Burgos, 1603), como hemos comentado al inicio de este trabajo.

Dentro de esta temática, pero dirigiéndose también a los militares, estaba la obra de Lorenzo Capelloni, *Ragionamenti storici politici, con cui vengono i principi e capitani adessere ammaestrati come abbiano a prestarsi in diversi accidenti di stato e di guerra* (Génova, M.A. Bellone, 1576). Como se indica en el título, se trata de una colección de sentencias morales razonadas a partir de ejemplos extraídos de la Historia. El interés por este tipo de tratados se completaba con los *Proverbios y sentencias* de Séneca (que si pertenecen a la edición de Amberes de 1551 incluyen los de Y. López de Mendoza, marqués de Santillana). La adquisición de experiencia política se complementaba con obras como la de Juan de Orozco y Covarrubias, *Emblemas morales* (Segovia, 1589 y 1591; Zaragoza, 1604). Cien emblemas contenidos en una octava cada uno que, de alguna forma, sustituían la conocida obra emblemática de Andrea Alciato que no estaba presente en la biblioteca de Setantí. Libros como el de Juan Rufo, *Las seiscientas apotegmas...* (Toledo, P. Rodríguez, 1596) o el de Juan de Aranda, *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias de diversas materias* (Sevilla, Juan de León, 1595; Madrid, Juan de la Cuesta, 1613), demuestran el interés y aprecio de Setantí por este tipo de obras. Aunque más trascendente es la presencia de los adagios de Erasmo: *Libro de Apotegmas* (Amberes, 1549; Zaragoza, 1552). El saber estar, el comportamiento correcto y la suficiencia moral de todo caballero estaban representadas en obras aún apreciadas por un hombre como J. Setantí nacido, como ya se ha mencionado, hacia la

---

42. En la introducción de esta obra exclamaba «quán corta y mal escrita está la materia de la cárcel», que no ha sido «hasta hoy por ninguno de nuestros doctores recogida ni allegada a lugar cierto». Citado en J.A. Maravall, *Antiguos y modernos*, p. 526.

década de 1540: de Francisco de Guzmán sus *Triunfos morales* (Amberes, M. Nucio, 1557) y un *Tractado de la victoria de sí mismo traducido de toscano por el maestro...* (Toledo, Juan de Ayala, 1551 y 1553). El traductor era Fr. Melchor Cano, sobrino del célebre autor del mismo nombre. La obra incluye unas instrucciones de Fr. Domingo de Soto para evitar el abuso de los juramentos. Aunque los referentes claves seguían siendo *El Cortesano* de B. Castiglione<sup>43</sup> y el *Enchiridion* de Erasmo. Es probable, al poseer algunas obras de Boscán, que Setantí tuviese la primera edición de la traducción de éste (Barcelona, P. Montpezar, 1534), o alguna posterior como las de Amberes (1574) o Salamanca (1571). La fuente nos indica la existencia en la biblioteca de un « petit llibre de Adasmo » que nos gustaría identificar con la citada obra del de Rotterdam; aunque prohibido, es posible que aún se encontrara en alguna biblioteca y, por su temática, sin duda interesó a un caballero como Setantí.

Un tema que interesó a nuestro autor y a los hombres de su época fue el de los trastornos en el seno del Estado. Y, ciertamente, en la biblioteca de Setantí no faltaba el libro de Luis Valle de la Cerda, *Avisos en materia de Estado y Guerra, para oprimir rebeliones y hazer pazes con enemigos armados o tratar con súbditos rebeldes* (Madrid, P. Madrigal, 1599), que está conformado por una serie de advertencias sobre el gobierno de los Países Bajos redactadas durante el reinado de Felipe II y no publicadas, por lo que tuvieron que esperar a la llegada al trono de Felipe III para que vieran la luz – y la tinta de la imprenta<sup>44</sup>. La primera parte de la obra trata de las rebeliones y sus inicios y la principal idea que aporta el autor es que ésta se debe oprimir al comienzo, antes de que cobre fuerza. Una idea que no parece muy original, pero que en aquella época todavía no estaba presente en la mayoría de los tratados políticos. El fenómeno de las guerras civiles, de las rebeliones, de las sediciones cada vez iría reclamando una mayor atención por parte del pensador político. La segunda parte del tratado consiste en una serie de consideraciones a tener presentes por los consejeros

---

43. Es inevitable citar el magnífico trabajo de Peter Burke, *Los avatares de El Cortesano*, Barcelona, 1998.

44. En 1599, Luis Valle de la Cerda, contador de la Santa Cruzada, publicó sus *Avisos en materia de Estado y Guerra...* (Madrid), un texto terminado en 1583, y una de las primeras reflexiones sobre las rebeliones y la guerra civil. En la dedicatoria al lector, Valle de la Cerda se confiesa natural de Cuenca – habiendo estudiado en Salamanca, de donde pasó a Italia y, en 1580 a Flandes – y, tras haber asistido a algunas malas paces, que traían como consecuencia el hacer bajar la guardia al Príncipe y desampararle para una guerra aún mayor, se había atrevido a redactar estos *Avisos* en mitad del fragor de la campaña flamenca. ¿Es una crítica a la Paz de Vervins y a un Felipe II bajo cuyo reinado no publicó su libro?

del rey para entrar en tratos de paz con los rebeldes. Setantí toca este tema en las centellas 231, 236 y 237.

Las obras más técnicas sobre determinados cargos políticos, así como las de leyes, estaban conformadas por trabajos como el de Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores y señores de vasallos, en tiempos de paz y de guerra* (2 tomos, Madrid, L. Sánchez, 1597), una obra que tuvo mucha fortuna en su época – la encontramos en múltiples bibliotecas –, así como Alonso de Villadiego, *Instrucción política y práctica judicial, conforme al estilo de los consejos... y tribunales de Corte* (Madrid, L. Sánchez, 1612), la *Práctica de procuradores para seguir pleytos civiles y militares* de Juan Muñoz (Madrid, G. Druy, 1594; Madrid, 1603), el comentario de Rodrigo Suárez de las *Ordenanzas reales de Castilla* (edición de 1550), o el trabajo de Gregorio López, *Repertorio muy copioso de el texto y Leyes de las Siete Partidas* (Madrid, P. Madrigal, 1598), todo ello junto con tratados catalanes de presencia inexcusable como el libro de *Consolat de mar* (ediciones barcelonesas de 1494, 1502, 1518, 1523, 1540 y 1592) o las *Constitucions de Catalunya* – de las que disponía de tres ejemplares, uno de ellos manuscrito, y sería lógico pensar que de diferentes ediciones (Pere Miquel, 1495; Hubert Gotard 1588-89).

El político también necesita conocer la realidad que le rodea, tanto las personas, como el territorio. Justamente, estos ámbitos estaban cubiertos gracias a obras como las de Francesc de Gilabert i d'Alentorn, *Discursos sobre la calidad del Principado de Cataluña* (Lleida, 1616), un conjunto de cinco comentarios sobre la situación social y económica de la Cataluña del momento dirigidos al rey, a los diputados, al brazo militar, al gobierno de las ciudades y al estamento eclesiástico. Con su presencia en la biblioteca de J. Setantí se demuestra que éste no dejaba pasar ninguna obra de interés. Este tratado se complementaría, hasta cierto punto, con el de Dionís Jeroni Jorba, *Descripción de las excelencias de la muy insigne ciudad de Barcelona* (Barcelona, 1589), publicado cuando J. Setantí era *conseller* de la Ciudad Condal. Por su parte, la obra de Juan Sánchez Valdés, *Corónica y Historia general del hombre en que se trata del hombre en común* (Madrid, L. Sánchez, 1598), a pesar de su título, no es una obra histórica propiamente dicha, sino que trata sobre la división del hombre en cuerpo y alma, sobre hombres monstruosos, de sus invenciones – como la imprenta –, la concordia entre humanos y la de éstos con Dios... El autor deseaba con su escrito apartar a los lectores de libros de poco provecho, como los de caballerías y dice: «...gastó toda su vida en leer los autores que cita cuyas noticias había buscado, tejido y congregado como flores...». Nótese una cierta semejanza cuando Setantí, en *Frutos de Historia*, dice que las sentencias que reproduce, «...no pueden parecer tan bien como

estando unidas y atadas a todas estas cosas; porque nacen y cuelgan de ellas como las frutas de sus ramos en los árboles»<sup>45</sup>.

La nueva forma de entender la naturaleza de las cosas – anteponiendo la razón a la religión –, estaba presente con una obra tan importante como la de Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias* (Medina del Campo, 1603), que puede emparentar con los textos sobre el conocimiento de uno mismo: Fr. Antonio Navarro, *Primera parte del conocimiento de sí mismo* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1606). A ello se añade el interés y la curiosidad por el mundo que nos envuelve con un componente práctico – las obras de medicina o de plantas medicinales – y otro puramente lúdico: Jerónimo Cortés, *Libro de Phisonomia natural y varios secretos de naturaleza* (Madrid, 1598; con ediciones barcelonesas de G. Graells y G. Dotil, 1599 y otra de 1614) o la «*Filosophia natural*» que podría tratarse de la obra del médico Juan Jarava, *La philosophia natural brevemente tratada y con mucha diligencia copiada de Aristóteles, Plinio, Platón y otros grandes autores...* (Amberes, M. Nucio, 1546), o bien de la de Pedro de Mercado, *Diálogos de Filosofia natural y moral* (Granada, 1558). Aristóteles tiene la suficiente importancia como para leerlo directamente y no a través de otros: *La philosophia moral, ethicas, políticas y economicas* (Zaragoza, G. Coci, 1509)<sup>46</sup>. Tampoco podía faltar la *Historia natural* de Plinio, pero en una edición italiana (Venecia, 1580). También era Setantí aficionado a las obras sobre la «ventura» o «fortuna»: en su biblioteca encontramos el tratado de Gutierre Marqués de Careaga, *Desengaño de Fortuna muy provechoso y necesario para todo género de gentes y estados* (Barcelona, F. Dotil, 1611; Madrid, Alonso Martín, 1612). Un *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo* (Zaragoza, P. Hurus, 1493; Burgos, F. Alemán, 1498; Zaragoza, G. Coci, 1509, 1515, 1521; Sevilla, Cromberger, 1534, 1541 y 1546; Zaragoza, 1547 y Amberes, 1590) impreso, como se ve por el número de sus ediciones, de un cierto éxito, que era una traducción castellana anónima del original latino de Juan de Capua.

45. Sobre Sánchez Valdés, véase Cristóbal Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña de los siglos XVI y XVII*, Ámsterdam, 1970, Tomo I, p. 323. Sobre Setantí, B. J. Gallardo, *Biblioteca española de libros raros y curiosos*, Vol. IV, Madrid, 1889, p. 603.

46. De Aristóteles también poseía su *Retórica*; una compilación de cuestiones matemáticas, ópticas, musicales, y médicas titulada *Problemas* y, la fuente no lo aclara, otra «obra». Asimismo, poseía Setantí obras de Cicerón y de Isócrates, seguramente sus tratados de retórica, así como de Alberto Magno, con lo que se complementaba la presencia de la escolástica en su biblioteca. No obstante, también es posible que el «Isócrates» mencionado en la fuente hiciese referencia a la traducción de Diego Gracián de Alderete, *Isócrates, De la Gobernación del Reyno. Agapeto: del officio y cargo de Rey, al emperador Justiniano. Dion Casio: de la institución del Príncipe y de las partes y qualidades que ha de tener un buen y perfecto Rey* (Salamanca, M. Gast, 1570).

El libro citado como «De la fortuna», podría ser el de Sigismondo Fanti, *Triumpho di Fortuna* (Venecia, 1527). Fanti deseaba enseñar al lector a elegir el buen camino en la vida para esquivar los males de la misma. Las fuentes en que se basa la obra son tanto la astrología como las ciencias naturales. Tras el Concilio de Trento, este tipo de obras se prohibieron<sup>47</sup>. Asimismo fue lector Setantí de Severino Boecio y su *De la Consolación de la Filosofía* (Sevilla, Crombergcr, 1518; Valladolid, 1604).

La perfecta formación del individuo se debía completar con múltiples conocimientos, todos ellos útiles. Setantí poseía obras sobre arquitectura – Leon Baptista Alberti, *Los diez libros de Architectura* (Madrid, Alonso Gómez, 1582) –; sobre agricultura – Gabriel Alonso de Herrera, *Libro de Agricultura...* (Medina del Campo, 1569, 1584) –; sobre geometría y aritmética – Euclides, *Los seis libros primeros de la Geometría de Euclides* (Sevilla, Alonso de la Barrera, 1576) y Juan Pérez de Moya, *Arismética, Práctica y Especulativa* (Madrid, L. Sánchez, 1598) –; el famoso *Quilatador de la plata, oro y piedras* (Valladolid, A. y D. Fernández de Córdoba, 1572) de Juan Arfe y Villafañe; de Pedro de Medina su *Arte de navegar* (Valladolid, F. Fernández de Córdoba, 1545); también disponía de, o bien el trabajo de Andrés de Li, *Repertorio de los Tiempos* (Zaragoza, 1492 y 1495; Burgos, 1495; Sevilla, 1510, 1529; Zaragoza, 1534; Granada, 1542), quizás un tanto anticuado, o bien de la obra renovada de Jerónimo de Chaves, *Cronografía o repertorio de los tiempos...* (Sevilla, A. Escribano, 1576). La necesidad de escribir y expresarse oralmente de forma correcta también estaban contempladas – Juan de Iciar, *Arte de escribir* (Zaragoza, 1550) o Francisco Lucas, *Arte de escribir* (Madrid, 1608), incluyendo un léxico en italiano como el de Nani Mirabelli, *Polyanthea opus suavissimis floribus exornatum...*; no hemos localizado una obra «de buena pronunciación» y la retórica de Francesco Patrizzi. Los libros, en sí mismos, también interesan – Alejo Venegas, *Primera parte de las diferencias de libros que hay en el universo* (Toledo, 1540; Madrid, 1569; Valladolid, 1583). Por último, la nueva forma de encarar las ciencias y los oficios fueron conocidas por Setantí a través de obras en italiano: Leonardo Fioravanti, *Dello Specchio di scientia universale* (Venecia, V. Valgrisi, 1564) y Tomasso Garzoni, *La Piazza universale di tutte le professioni del mondo* (Venecia, Somasco, 1583, 1588, 1589, 1592, 1596 y Venecia, Meietti, 1603).

La presencia de obras religiosas en la biblioteca de Setantí, así como de buena literatura, tanto italiana como catalana y castellana, nos hacen pensar en una persona de múltiples intereses, de buen gusto literario y abierta a

---

47. *Dizionario biografico degli italiani*, Roma, 1994, Vol. 44, pp. 638-641.

todo tipo de novedades dentro de las posibilidades de su entorno social y político y de su época<sup>48</sup>.

Los escritos de Setantí están plagados de las enseñanzas extraídas por él de las obras reseñadas. Las virtudes señaladas son las propias del caballero cristiano. Ya en la centella 9 dice: «Déjese el cristiano de buscar senderos peligrosos, pues por el camino real de la virtud se puede llegar á la cumbre de la grandeza humana». La virtud más importante, tanto para el político como para el militar, tareas ambas que desarrolló nuestro autor como se ha dicho, es la prudencia. Hallamos referencias a la misma en las centellas 12 – «Cuando la temeridad atropella la prudencia y el consejo, suele faltar siempre el orden y la firmeza de los fundamentos» –, 21 – «Los grandes hechos no se han de emprender sin grandes fundamentos, y han de ser guiados con mucha prudencia y buen consejo» – así como en las centellas 27, 54, 77, 215, 344, 345, 469 y 497. Ahora bien, no se puede olvidar que Setantí, como tantos otros, pensaba que «Para saber y poder reinar no basta ser grande, ser prudente y tener valor propio, que juntamente con esto es necesario ser rey por naturaleza, porque la sangre real sube de quilate á las virtudes...». (centella 327)

También aconseja Setantí sobre la forma correcta de medrar en la Corte, para aprender a tratar con los poderosos y saber cómo pedir las mercedes de las que nos creamos merecedores. La impaciencia, la arrogancia, la temeridad y la soberbia son criticadas, al igual que la pusilanimidad. En definitiva, hay que conocerse antes a sí mismo para pretender conocer a los demás. No obstante, el fin último de estas reflexiones es conseguir el perfecto consejero. Setantí, como tantos otros, no concibe el gobierno real sin la presencia del prudente, afortunado, benigno, clemente y paciente consejero. En la centella 184 dice: «El príncipe que por solo su parecer acierta algún hecho de importancia, suele después errar muchos por falta de consejo». Y en la 334: «Cuanto más sabio y más prudente fuere un príncipe, más le conviene tomar consejo de sabios para resolver negocios de mucha importancia; porque sucediéndole bien, toda la alabanza y gloria será suya, y cuando suceda al contrario, podrá descargar su error sobre

---

48. Joaquim Setantí disfrutaba en su biblioteca de obras de Ariosto, Petrarca, Ovidio, Ausias March, R. Llull, Garcilaso de la Vega, Lope de Vega, Francisco de Aldana, Torcuato Tasso, Virgilio, Boscán... Sobre religión hemos contado sesenta y tres títulos (18,6% del total de la biblioteca) y destacamos: R. Llull y su *Blanquerna*, San Vicente Ferrer, la *Suma de casos de conciencia* de Pedraza, la *Doctrina cristiana* de Pere Màrtir Coma, el *Abecedario espiritual* de Francisco de Osuna, el *Compendio de la doctrina cristiana* y *Guía de pecadores* de Fray Luis de Granada, el *Libro de la caballería cristiana* de Jaime de Alcalá, el *Tesoro de virtudes* de Juan Marsal, el *Contemptus mundi* de T. Kempis, *Meditaciones* de San Agustín, *Camino de perfección* de Santa Teresa y numerosas vidas de santos...

aquellos que habrán aconsejado». La obra de Furió Ceriol *El concejo y consejeros del príncipe* (1559) le fue muy útil, sin duda. Dentro de esta línea, nuestro autor trata sobre los privados, los jueces, los gobernadores – la centella 322 no tiene desperdicio: «Los gobernadores de provincias, lo primero han de aprender las leyes dellas; lo segundo, conocer bien los humores de los de su consejo; lo tercero, las calidades y condiciones de los súbditos; y tras esto, lo que más importa es el deliberar las cosas con prudencia, y luego ejecutarlas con valor y constancia». El ideal es aprender a pedir consejos, luego saber elegir al buen consejero porque, de esa forma, es como se cultiva el arte de gobernar.

Ahora bien, Setantí destaca por su idea de que «En las cortes de los reyes sería bien que hubiese escuelas de gobierno de estado...», porque de esta forma quienes fuesen promovidos para ocupar cargos importantes «...llegarían instruidos al manejo de las cosas, excusando los errores que de no serlo resultan luego en los principios, de que nacen muchos inconvenientes, que suelen durar después todo el tiempo de su administración» (centella 429).

#### ARTE Y TÉCNICA DE LA GUERRA

Joaquim Setantí, caballero de Montesa<sup>49</sup>, disfrutó de algunas obligaciones militares en su ciudad a su regreso de las Guerras de Flandes, de modo que no es de extrañar que pusiera muy buen cuidado – mayor que en otras bibliotecas de aquella época – en continuar formándose marcialmente. Entre sus gustos estaban desde los tratados en los que se resaltaban las cualidades caballerescas, pero también la forma de hacer la guerra y de conducir los ejércitos, utilizando para ello el verso, como es el caso del trabajo de Antonio Cornazzano, *Las reglas militares*, traducción de Luis Suárez de Figueroa, (Venecia, I. de Rossi, 1558), aunque la obra estaba escrita en el siglo anterior y fue muy popular. El gusto por los hechos de armas del pasado y por los grandes generales de la Antigüedad se observa en otra obra igualmente famosa: Remigio Nannini [M. Remigio Fiorentino], *Orationi Militari. Raccolte per M. Remigio Fiorentino, da tutti gli storici greci e latini, antichi e moderne...* (Venecia, G. Giolito de' Ferrari, 1560). Este tratado fue comprado en encante por Miquel Fivaller por 12 sueldos, lo que demuestra el interés que aún suscitaba

---

49. Setantí disponía de una obra sobre la orden de Montesa y de la obra más genérica de Francisco de Rades y Andrada, *Crónica de los tres órdenes y cauallerías de Sanctiago, Calatrava y Alcántara* (Toledo, Juan de Ayala, 1572).

esta obra, quizás la que mejor recogía las arengas de los generales del pasado y pieza básica de la educación del caballero. Otras necesidades de dicha formación, como los conocimientos de esgrima y de la monta a caballo, estaban cubiertas con un tratado de Giovanni Agocchie, *Dell'arte di scrimia libri tre...* (G. Tamburino, Venecia, 1572). No deja de ser curioso que Setantí no tuviese la obra del gran esgrimista hispano del siglo XVI Jerónimo de Carranza, *Philosofía de las armas* (Sanlúcar de Barrameda, 1582 y Madrid, 1600) y sí, en cambio, el trabajo de Agocchie que, por otro lado, también era muy conocido. La misma tendencia se observa en cuanto al arte de la monta. Lejos de consumir las obras de un Eugenio Manzanos, de Juan Arias Dávila, II conde de Puñoenrostro, de Fernando Chacón o de Francisco de Céspedes – por citar algunos autores hispanos que escribieron sobre el arte de la monta a la jineta –, el *cavaller* Setantí tuvo suficiente con poseer la obra de Federigo Grisone, *Gli ordini di cavalcare* (Nápoles, G. P. Sukanappo, 1550; aunque podría ser cualquiera de las siguientes ediciones: Pesaro, B. Cesano, 1556, 1557, 1558; Venecia, A. Salicato, 1582, Venecia, 1551, 1553, 1571, 1584 y Venecia, A. Muschio, 1590; la traducción castellana fue de Flores de Benavides, impresa en Baeza en 1568) que, eso sí, trataba sobre la monta a la brida y fue, asimismo, muy conocida y difundida en la España del siglo XVI. De hecho, además de la traducción castellana impresa, se conserva otra en forma de manuscrito<sup>50</sup>. Algunas opiniones sobre la guerra y la paz era el contenido de una obra como la de Antonio Girardi, *Discorso in torno alle cose della Guerra, con una Oratione della pace* (Venecia, 1558) y, también, la de Fabio Albergati, *Tratatto... del modo di ridurre a Pace l'iniciatie private* (Roma, F. Zannetti, 1583) que eximía a Setantí de poseer alguna otra obra contraria a los duelos como la muy difundida de G. Jiménez de Urrea.

Los modernos hispanos sobre la guerra estaban conformados por pocos títulos, pero algunos de ellos muy interesantes. Cabe destacar por encima de todos la obra de Marcos de Isaba, *Cuerpo enfermo de la milicia española: con Discursos y avisos, para que pueda ser curado, útiles y de provecho* (Madrid, G. Druy, 1594), una crítica durísima – y hecha desde Italia, por cierto, y no desde Flandes – del funcionamiento interno del ejército hispánico del momento, con una exposición muy clara de sus males – la corrupción de la oficialidad; la forma injusta de otorgar los ascensos, fijándose más en la cuna y los apoyos cortesanos que en los méritos; la falta de disciplina de las tropas y su vida disoluta – y, lo más importante, adjuntando remedios para todos ellos. Igualmente interesante es la obra de Bernardino de

50. Biblioteca Nacional (Madrid), Ms. N<sup>o</sup> 1059: F. Grisone, «Orden de caballería».

Escalante, *Diálogos del arte militar* (Sevilla, A. Pescioni, 1583; Bruselas, R. Velpius, 1588 y 1595), una de las más reeditadas de entre los tratadistas hispanos, pero que dista de ser tan importante como las de Bernardino de Mendoza, Martín de Eguiluz, Francisco de Valdés o Sancho de Londoño, por citar sólo a sus contemporáneos, siendo todas estas obras que no aparecen en la biblioteca de J. Setantí. Ahora bien, Setantí, alcaide de Bellaguarda, sin duda se interesó por la obra de Escalante en cuanto los dos primeros libros del tratado versan sobre la defensa de las fortalezas por sus alcaides sobre la base de numerosos ejemplos de valor personal y colectivo en acciones de guerra, tanto de la época clásica como de la del autor, especialmente de las guerras de Flandes, pero también de los diversos frentes de guerra contra Francia en la época de Carlos V.

Pero, con todo, Setantí se nutrió de las obras de los tratadistas militares italianos del momento. Entre estas obras se encontraban bien el trabajo de Alfonso Adriano, *Della disciplina militare* (Venecia, L. degli Avanzi, 1566; Venecia, 1572), el de Giulio Cesare Brancaccio, *Della nova disciplina e vera arte militare...* (Venecia, 1582), o bien el de Francesco Ferretti, *Della osservanze militare...* (Venecia, C. y R. Borgominierii, 1568 y 1576). Frente a la relativa novedad que representaban las anteriores obras y, sobre todo, el libro de B. Pellicciari, *Avvertimenti militari utili e necessari a tutti gli uffici che possono essere esercitati in un formato esercito...* (Módona, G. M. Verde, 1600 y 1606), tratados todos ellos de carácter práctico, nos encontramos con, nos atreveríamos a decir, casi reliquias: es el caso de Giovanni B. Della Valle, *Vallo: libro continente appartenentie ad capitani; retener e fortificare una città con bastioni...*, (Nápoles, 1521; otras ediciones Venecia, G. de Gregoriis, 1524 y otras diez ediciones venecianas hasta 1564), un tratado muy conocido e importante en la primera mitad del siglo XVI, pero claramente superado a inicios del siglo XVII. Quizás consciente de ello, Setantí disponía de una obra descrita como «fortificación» que podría tratarse de cualquier clásico hispano o italiano de fines del siglo XVI e inicios del XVII<sup>51</sup>. También nos crea dificultades una observación tan

---

51. Candidatos hay varios: Galasso Alghisi, *Delle fortificationi libri tre* (Venecia, 1570); Cornelio Bentivoglio, *Discorso delle fortificationi* (Venecia, 1598); Girolamo Cataneo, *Opera nuova di fortificare, offendere et difendere, et fare gli alloggiamenti campali secondo l'uso di guerra. Aggiuntovi nel fine un Trattato degli essamini de' bombardieri, et di far fuochi arteficiati, libri tre* (Brescia, T. Bozzola, 1564; otras ediciones, Brescia, 1567, 1571; y ampliado a cinco libros en las ediciones de Brescia, P.M. Marchetti, 1584 y 1608); A. Lupicini, *Architettura militare. Con altri avvertimenti alla guerra* (Firenze, G. Marescotti, 1582 y Venecia, 1601); Girolamo Maggi y G. Castrioto, *Della fortificatione della Città...* (Venecia, R. Borgominiero, 1564; otras ediciones, Venecia, 1565, 1583, 1584, 1585); Carlo Theti, *Discorsi delle*

vaga como «instrucción de la guerra» en italiano; las posibilidades son igualmente muchas: Camillo Agrippa, *Dialogo del modo di metter in battaglia presto e con ogni facilità il popolo in qualsivoglia luogo con ordinanze e bataglie diverse* (Roma, B. Bonfandino, 1585); A. Assinito, *Opera nova, et alli uomini di guerra importantissima, quale insegna ordini, modi et forme d'ordinar ordinanze di fanterie... come in gli presenti tempi si costumano* (Turín, Martino Cravoto, 1548); Bernardino Bombini, *Discorsi intorno il governo della guerra. Et governo domestico...* (Nápoles, R. Amato, 1566); Diomede Carafa, *Gli ammaestramenti militari* (Florencia, T. Longo, 1581; Nápoles, T. Longo, 1595 y 1608); Bernardino Rocca, *De' discorsi di guerra... libri quattro...* (Venecia, D. Zenaro, 1582; libros primero, segundo y tercero: Venecia, G. Giolito, 1566 y Venecia, 1570).

El gusto por los aspectos bélicos de la Antigüedad, que, de alguna forma, se convirtieron en el referente culto de muchos tratadistas militares modernos, también estaba reflejado en la biblioteca de J. Setantí. Casi con toda seguridad, J. Setantí poseyó un ejemplar del *De re militari. Onosandro platónico de las calidades y partes que ha de tener un Excelente Capitán General y de su oficio y cargo. César renovado, que son las observaciones militares, avisos y ardidés de guerra que usó César. Disciplina militar y instrucción de los hechos y cosas de guerra de Langay (G. du Bellay)*, traducción de Diego Gracián de Alderete, (Barcelona, C. Bornat, 1566), una edición muy conocida del siglo XVI, pero caben otras posibilidades<sup>52</sup>. La obra mencionada en el inventario como «estratagemas de la guerra» podría tratarse de la de B. Rocca, *Empresas, stratagemas y errores militares* (Venecia, 1566), aunque es probable que fuera o bien una edición castellana de la *Strategemata* de Frontino, traducido por Diego Guillén de Avila (Salamanca, 1516), o bien de alguna edición italiana, la titulada *Astutie militari...* (Venecia, A. de Tortis, 1543) o *Stratagemi militari* (Venecia, B. Zaltiero,

---

*fortificationi...* (Roma, G. Accolto, 1569; otras ediciones en Venecia, 1575 y 1588-1589; Roma, 1585); G.B. Zanchi, *Del modo di fortificare le città* (Venecia, Pietrasanta, 1554; otras ediciones 1556, 1560 y 1601 – con los tratados de Lanteri y Lupicini –). Y entre los hispanos: Diego González de Medina Barba, *Examen de fortificación* (Madrid, Várez de Castro, 1599) o Cristóbal de Rojas, *Teórica y práctica de fortificación...* (Madrid, L. Sánchez, 1598).

52. Podría ser tanto el *Nuevo tratado y compendio de Re militari* de L. Gutiérrez de la Vega (Medina del Campo, 1569), como el *Tratado de Re Militari* de Diego de Salazar (Alcalá, 1536 y Bruselas, 1590). Tampoco hay que olvidar al conocidísimo Flavio Vegecio Renato y su *Epitoma rei militaris*, sin traducción castellana o catalana impresa en el siglo XVI, pero con numerosas ediciones italianas, francesas y latinas. Otras posibilidades serían Petrino Belli, *De re militari et bello tractatus, divissus in partes XI* (Venecia, F. de Portonariis, 1563); Jacopo da Porcia, *De re militari* (Venecia, J. Tacuinus, 1530); Roberto Valturio, *De re militari* (Verona, 1472).

1574). Por último, también cabe la posibilidad de que fuera la obra de Polieno, *Gli stratagemmi del'arte della guerra...* (Venecia, G. Giolitto, 1551; Venecia, V. Valgrisi, 1552).

En una biblioteca compuesta por 338 títulos, como dijimos al principio, al menos veintisiete – 7,98 % – responden a esta temática. No hemos encontrado ninguna otra biblioteca barcelonesa de la primera mitad del siglo XVII con tal abundancia de obras militares. Tan sólo la del doncel Sebastià de Miralles (1655), compuesta por once títulos, tenía un cierto nivel. La comparación sólo es posible con algunas bibliotecas como la de un noble y militar como el IV duque de Puñoenrostro, Francisco Arias Dávila y Bobadilla (1610), quien contaba con numerosos libros dedicados a la milicia: en total, cincuenta y dos tratados militares en una biblioteca con ciento ochenta y dos obras, es decir, un notable 28,5 % del total de libros dedicados directamente a esta disciplina. El capitán e ingeniero Jerónimo de Soto (muerto en 1630) formó a lo largo de su vida una biblioteca con ciento veinticuatro obras y manuscritos de los que veinticinco eran tratados bélicos, sobre todo de arquitectura militar – 20,10 % del total de su biblioteca –, además de obras de geometría, aritmética y arquitectura que podemos considerar propias de su oficio. En la biblioteca del diplomático, militar y poeta Bernardino de Rebolledo (1676)<sup>53</sup> descubrimos una buena selección de tratadística militar, una mezcla de obras técnicas sobre arquitectura militar y geometría, junto con algún tratado moderno sobre la guerra acompañado por clásicos como Frontino, Onosandro, Polieno o Jenofonte. En total, dieciséis obras – sin contar las historias sobre diversas guerras y clásicos antiguos – en una biblioteca compuesta por 225 libros (7,1 %).

Por motivos profesionales, Joaquim Setantí cuidó de tener en su biblioteca obras notables para aprender a hacer la guerra siguiendo presupuestos modernos. No obstante, sus opiniones sobre ésta están estrechamente ligadas, como no podía ser de otra forma, a sus propuestas sobre el perfecto consejero. Una vez más la prudencia debe ser la principal arma tanto del general como del gobernante<sup>54</sup>. Nunca emprenderemos un

53. M<sup>a</sup> Concepción Casado Lobato, «La biblioteca de un escritor del siglo XVII: Bernardino de Rebolledo», en *Revista de Filología Española*, LVI, Madrid, 1975, pp. 229-328.

54. Una idea presente, por ejemplo, en Jerónimo Castillo de Bobadilla *Política para corregidores y señores de vasallos en tiempo de paz y guerra* (Madrid, L. Sánchez, 1597, 2 Vols.). Castillo de Bobadilla piensa que quienes afrontan la guerra con demasiado arrojo y valentía, normalmente suelen gobernar de forma imprudente, y por ello «se ha de buscar y premiar más en el Capitán la prudencia, que el ánimo y valentía. Y es cosa cierta, que las letras acrecientan la prudencia y la cautela que convienen al Capitán, el qual deve tener juyzio y ojos para todos, y que sin ellas y doctrina, o sin seguir à los que la saben, jamás se acertó en los gobiernos de la guerra» (p. 12).

conflicto sin estar preparados, sobre todo tras una prolongada paz. La guerra ha de ser justa. Una idea muy recurrente en las obras de esta temática es que el buen general deberá procurar por todos los medios que el inicio de la campaña le sea favorable tanto para incrementar la moral como para acallar críticas. Los «nervios» de la guerra son tropas prácticas, dinero y armas; sólo estando bien preparados para la guerra gozaremos de la paz – «Los aparejos de guerra son los nervios de la paz» (centella 294). Mientras que tanto la Hacienda como la guerra, inexorablemente unidas, deben ser dirigidas por naturales, fieles al rey y prácticos en tales menesteres. Una reivindicación también recurrente (presente en Jenofonte, Tácito, A. Cornazzano, Onosandro Platónico...). En la centella 348 recoge todo esto: «El conocimiento y la memoria de las cosas pasadas es una luz y guía de las operaciones humanas, pero en todos los hechos de importancia es necesario a más desto la firmeza de la práctica y experiencia, especialmente en las cosas de guerra, cuyos errores (según dice Catón) ninguna disculpa reciben, porque en siendo cometidos, cae la pena sobre ellas». Directamente relacionada con ella está la crítica de Setantí a aquellos que obtienen cargos por su cuna y no por sus méritos; así, en la centella 353 dice: «Las provisiones de los cargos han de ser hechas de puros merecimientos, y no como las morcillas, de carne y sangre». Y en la 461 remata este asunto: «Las provisiones de cargos principales, cuando salieran erradas, no se han de sustentar con títulos de honra del príncipe, interés o punto de sus consejeros, más antes deben mudarse por bien de las provincias, por castigo de los proveídos y por ejemplo de los pretensores»<sup>55</sup>.

Sobre el perfil del capitán general, Setantí está convencido que incluso éste podría ser «tollido y manco... porque no ha de pelear con las manos, sino con el corazón y con el seso, experimentado y práctico» (centella 268). El buen general será justo con sus tropas a la hora de aplicar la disciplina, porque la dureza injustificada puede sublevar a los hombres. Estos pelearán mejor conociendo las debilidades e iniquidades del contrario, al que siempre habrá que batir cuando esté desprevenido. (centellas 335, 337 y 338).

El tema de la defensa de las fronteras lo trata Setantí en la centella 460: «En tiempo de paz conviene mucho que se provean los cargos de las fronteras en hombres de valor y pecho, porque sin tener en ellas la guarnición de soldados que en ocasiones de guerra, la fama del capitán sola

---

55. Julio Antonio Brancalasso en su *Labirinto de corte con los Diez predicamentos de cortesanos* (Nápoles, Gargano y Nucci, 1609) escribió que «el más seguro camino es dar los cargos a los que por común opinión del mundo los merecen» (pp. 61-63). Opiniones parecidas en Marcos de Isaba y Bernardino de Escalante

basta para hacer estar a raya a los vecinos mal intencionados». Pues bien, tal idea está presente en obras como la de Castillo de Bobadilla y en la de Furió Ceriol, quien en su *El concejo y consejeros del Príncipe* (1559) expresó la necesidad de que el Consejo de Guerra se preocupase siempre por el mantenimiento de las fronteras (capt. 1).

### CONCLUSIONES

La biblioteca de Joaquim Setantí es un buen ejemplo de transición entre los contenidos de las bibliotecas privadas barcelonesas de la primera mitad del siglo XVI – sus gustos literarios, buena parte de las obras de Historia, así como un amplio porcentaje de las lecturas religiosas así lo acreditan – y las necesidades de formación continua en el ámbito político y militar de un caballero con responsabilidades de ambos géneros, ante su ciudad y ante su rey. La presencia masiva del italiano en las obras sobre el arte de la guerra y del castellano en las de política es la mejor prueba de la voluntad por renovar los conocimientos. El hecho de que la amplia mayoría de estas obras se vendiesen en encante y que, además, fuesen compradas por hombres de la misma órbita que Setantí, nos afirma en la idea de que, de forma muy rápida, los barceloneses aceptaron el ideario político de la Contrarreforma y la necesidad de leer a autores italianos para estar bien informados sobre las nuevas formas de hacer la guerra, por lo menos durante las primeras décadas del siglo XVII. El gusto por la Historia de Italia – sobre todo Nápoles –, las andanzas del Gran Capitán y las guerras contra Francia en el país trasalpino – entre 1494 y 1559 – dieron paso a un mayor interés por la Historia de España – de Felipe II, de Don Juan de Austria, la unión con Portugal, del conflicto en Flandes –, pero con un escaso aprecio por lo acontecido en América, aunque sin olvidar las raíces históricas catalanas. Con todo, en encante se compraron sobre todo las obras de historia de Italia y las que hacían referencia al pasado catalán.

Si lo comparamos con otros autores, no parece Joaquín Setantí la punta de lanza del tacitismo hispano de su época, pero, como mínimo, sí hallamos en sus escritos y, sobre todo, en su interés por la Historia, la voluntad de ayudar a sus compatriotas a ser mejores ciudadanos.